

lino; ni aunque arrianos, tuvieron escrúpulo de llevarse las estatuas mas preciosas, los vasos sagrados de oro y plata de las iglesias católicas, miles de prisioneros de ambos sexos, notables ya por su hermosura, ya por su talento y habilidades, figurando entre ellos la emperatriz Eudoxia con sus dos hijas, el hijo de Aecio y gran número de senadores; y todo este botín, menos un barco cargado de estatuas que se fué á pique, llegó sin ningun percance al Africa.

Suponen algunos que las iglesias principales de la capital, como la de San Juan de Letran, la de San Pedro y San Pablo pudieron, en fuerza de las súplicas del Papa, librarse del saqueo general, porque cuando los bárbaros se hubieron marchado pudo fundir el Papa seis grandes vasos de oro ó de plata, que Constantino había regalado á las citadas iglesias, para con su importe proporcionar á otras iglesias los vasos sagrados que necesitaban.

Mientras las galeras vándalas seguian su camino por las costas indefensas de Italia, saqueando y destruyendo de paso las poblaciones marítimas, como Nápoles, Capua y Nola, los degenerados habitantes de Roma, á los pocos días de haber partido los invasores, el 29 de junio, día del príncipe de los apóstoles, olvidados de la amarga leccion recibida, asistian á los juegos del circo, con tanta alegría como si jamás hubiese sido visitada la ciudad por tan salvajes enemigos. Otra prueba de que la destruccion no debía ser tan grande como se quiere hacer ver, es que ocho días despues predicó el papa Leon lleno de celo un sermón contra la supersticion, que atribuía la salvacion de Roma de manos de los bárbaros á los antiguos dioses del gentilismo que habian vuelto á invocar muchos ocultamente en los momentos mas críticos del peligro, y al curso de los astros, en lugar de agradecerlo á la grandísima merced del Dios de los cristianos.

Grandes fueron los esfuerzos de los obispos que como verdaderos pastores cumplieron los deberes de su cargo, amparando su rebaño y redimiendo á los cautivos. El obispo Deogracias de Cartago, vendió los vasos de oro y plata de su iglesia para rescatar esclavos que alojaba en los pórticos de sus basílicas; y el obispo San Paulino de Nola, de Campania, se presentó al enemigo para ofrecerse en sustitucion del único hijo de una pobre viuda que los vándalos habian llevado á la esclavitud; y cuenta la leyenda que los bárbaros admirados de tanto valor y amor al prójimo no aceptaron el sacrificio y dieron la libertad al cautivo.

De regreso á Cartago, no perdió Genserico un momento en aprovechar la confusion inseparable del interregno y falta de cabeza en el imperio romano occidental, para apoderarse de los distritos y ciudades donde se mantenian todavía guarniciones romanas, y someter á su corona «toda el Africa,» es decir, todo lo que comprendia la provincia romana de este nombre. Con esto llegó á ser fronterizo en todos los límites de su imperio con las tribus moras del interior, con las cuales tuvo al principio relaciones tan amistosas, que admitió en su ejército gran número de mercenarios de ellas. Muchos moros habian ya tomado parte en la expedicion de Roma y recibido á la vuelta á Cartago su parte del botín, consistente en esclavos y objetos de valor, y es probable que estas tribus sometidas contra su voluntad al imperio, auxiliarian ya abierta y secretamente á los vándalos en su conquista de los últimos territorios romanos en Africa.

A esta época se refiere probablemente tambien la conquista de las islas de Mallorca y Menorca, Córcega, Cerdeña y otra nueva parte de Sicilia.

Las cortes de Constantinopla y de Rávena hicieron ante todo las mas activas diligencias para obtener la libertad de las mujeres de las familias imperiales; primero envió el emperador Marciano (455-457) dos embajadas al rey Gense-

rico, prometiéndose, principalmente de la última, grandes resultados por ir á su cabeza un tal Bleda obispo arriano, para solicitar la libertad de la emperatriz Eudoxia y de su hija Placidia, ya que el rey vándalo había casado la otra Eudoxia, que la «Crónica pascual» (*Chronicon paschale*) llama equivocadamente Honoria, con su hijo Hunerico. Genserico rehusó sin que Marciano se atreviera á apelar á las armas.

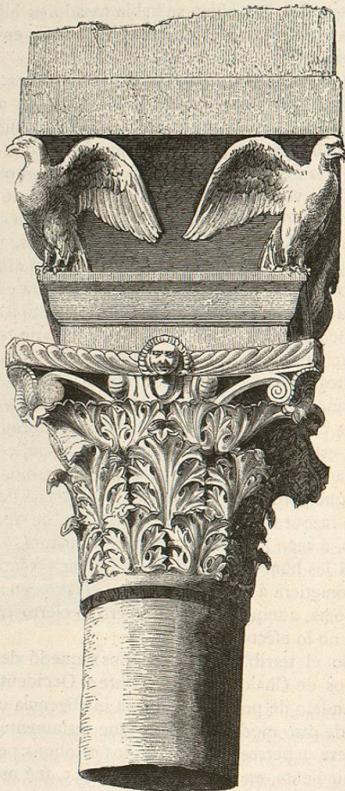


Fig. 76.—Columna de mármol márico del emperador Marciano en Constantinopla (Obra del siglo v)

Esta indolencia en un guerrero tan activo como perito fué explicada por el pueblo con el siguiente cuento: Cuando despues de la última derrota de las tropas romanas mandadas por Bonifacio, auxiliado por las tropas bizantinas á las órdenes de Aspar, el rey vándalo quiso pasar revista á los prisioneros en el patio de su palacio á fin de evitar que repartiéndolos ciegameamente fuera adjudicado un personaje principal como esclavo á un vándalo de clase inferior, vió á uno de los prisioneros echado en tierra para descansar, y observó que mientras sus compañeros de infortunio se hallaban expuestos á los ardores del sol africano, se sostenia encima del otro inmóvil un águila con las alas extendidas para hacerle sombra. El jóven era Marciano, y el perspicaz vándalo creyó que la solicitud del ave significaba que aquel cautivo llegaría á ser emperador, por cuya razon le dió en seguida la libertad en cambio de la promesa de no ser jamás enemigo de los vándalos.

El emperador de Occidente, Avito, que reinó de 455 hasta 457, no tenia tal compromiso. Recordó á Genserico el convenio celebrado con el imperio en 442, amenazándole con atacarle con todas sus fuerzas si rehusaba restituir los cau-

tivos y respetar el territorio romano. A esta intimacion contestó el rey de los vándalos sacando su escuadra del puerto de Cartago y devastando luego la Sicilia y las costas de Italia.

Esta bárbara insolencia irritó á Ricimero, el verdadero dueño del imperio occidental, pues él hacia los emperadores colocando en el trono á quien queria, y se determinó á marchar en persona á la cabeza de un ejército contra el salvaje pirata. Era Ricimero suevo y por parte de su madre nieto de Wala, rey de los visigodos, y valiente y esforzado guerrero. Encontró á los vándalos y los derrotó por tierra cerca de Agrigento en Sicilia, y por mar en las aguas de Córcega donde dispersó y destruyó su escuadra compuesta de 60 velas en el año 456. Estas victorias fueron luego comunicadas por mensajeros expresos al rey de los visigodos, Teodorico, que naturalmente era del partido contrario á Genserico; pero muy equivocado anduvo el yerno del emperador, el obispo Sidonio Apolinar, cuando le predijo la pronta reconquista del Africa. Era hombre de gran talento este obispo pero de ampuloso lenguaje, segun se colige en las memorias que nos ha dejado escritas, y en las cuales manifiesta todos los méritos y defectos del carácter francés, por cuya razon ha merecido de algunos el epíteto de «el primer francés.»

En octubre de 457 destronó Ricimero al emperador Avito, y puso en su lugar á Mayoriano, que reinó desde abril del año 457 hasta el 461. Sidonio Apolinar, sin hacer caso del cambio, solicitó del nuevo emperador que librara el Africa de los invasores, y efectivamente derrotóse otra escuadra vándala en la costa de Sinuesa y embocadura del Garellano en la Campania en el año 459, en cuya accion murió el jefe de la escuadra, cuñado de Genserico. Mayoriano hizo entonces preparativos en union con los visigodos, borgoñones y otros pueblos germánicos para organizar una gigantesca expedicion con el objeto de reconquistar el Africa, y las leyendas cuentan que para asegurar mas el éxito, el emperador habia pasado disfrazado antes á Cartago, para enterarse mejor del poder de los vándalos y conocer cuál era la disposicion de los moros.

Lo primero que hizo Genserico, en vista del peligro que le amenazaba, fué tratar de ver si podia separar á los visigodos de la alianza con Roma y atraerlos á su partido; pero cuando vió que las negociaciones entabladas á este efecto no tenian el resultado que esperaba, y que lo mismo sucedia respecto de las que llevaba con el emperador en España á pesar de haber tomado pasajeramente un cariz favorable, preparóse con salvaje y rápida energia á hacer frente á la coalicion.

Para quitar á la escuadra enemiga en lo posible la ocasion de tomar una parte decisiva en la campaña, habia dispuesto Mayoriano trasladar su ejército al Africa occidental desde el muelle de Cartagena y embestir con él desde aquel lado á Cartago; pero el astuto rey de los vándalos habia comprendido el plan, y sin titubear un momento mandó asolar los territorios africanos que el enemigo habia de atravesar, es decir, la Mauritania; hizo cegar los pozos y trasformó pronto el país en un desierto. Por otro lado logró, con su rápida accion y astucia, sorprender y capturar una gran parte de las galeras ancladas en la rada de Cartagena, con cuyo golpe obligó á Mayoriano á hacer las paces en 460. Al año siguiente Ricimero, el confeccionador de emperadores, depuso á Mayoriano que fué asesinado, y le sustituyó con Severo, que reinó de 461 á 465.

El sucesor de Marciano en Constantinopla, Leon I, despues de enviar repetidas embajadas á Genserico, logró por fin la libertad de Eudoxia y de su hija Placidia en cambio de un fuerte rescate y de la cesion de una parte de la herencia de Valentiniano III á favor de su hija Eudoxia, casada

con Hunerico. Igual pretension tuvo Genserico, «el rey codicioso,» con el emperador occidental, al cual reclamó la otra parte de la citada herencia que habia quedado en Occidente, y además la herencia de Aecio á favor de su hijo Gaudencio á quien tenia cautivo en Cartago. La contestacion negativa del emperador le sirvió de pretexto para faltar á la paz convenida en 460 y para repetir cada primavera sus piraterías en todas las costas de Italia y de Sicilia. Mas fatal para la paz del mundo que todas estas bárbaras depredaciones fué la hábil arteria, con la cual supo mezclarse Genserico en las divisiones interiores del imperio occidental á despecho de su mayor y mas peligroso enemigo Ricimero. Con profunda politica habia creado, con el casamiento de su hijo, el parentesco que le unia á la familia de Valentiniano, para explotarlo luego en todos sentidos.

Se negó á reconocer al emperador Severo, hechura de Ricimero, y reclamó la corona para el senador romano Olibrio, esposo de Placidia, cuñada de su hijo. La consecuencia fué que el temible enemigo de Ricimero y vengador de Mayoriano, el gobernador de las Galias, Egidio, se puso en relaciones con el rey vándalo para hacer la guerra al que habia hecho y deshecho tantos emperadores. De la corte de Constantinopla nada podia temer el vándalo porque no tenia ejércitos ya que enviar á Africa y su accion solo podia reducirse á embajadas.

Una expedicion preparada en 466 contra el Africa no se realizó porque el mal tiempo obligó á las triremes romanas á quedarse en los puertos de Sicilia. Murió Severo, y Ricimero de acuerdo con el emperador Leon, puso en su lugar al general de este, Antemio; pero cuando se presentó á Genserico la embajada para obtener de él el reconocimiento del nuevo emperador y que respetara el territorio italiano, rechazó ambas proposiciones y envió, por el contrario, sus buques piratas á devastar de nuevo no solo la Italia y la Sicilia, sino tambien las costas del imperio oriental, la Grecia, el Epiro, el Peloponeso y la Iliria, sembrando en todas partes el terror con sus inauditas crueldades. Irritados los vándalos del mal éxito de un ataque sobre el cabo Tenaro, en Laconia, se fueron y cayeron sobre la isla de Zante, donde asesinaron á todas las personas que primero encontraron y se llevaron quinientas de las mas principales y las mataron en alta mar, sembrando las aguas con los trozos de sus cuerpos despedazados. La misma ciudad de Alejandría temió verse atacada por ellos, y la isla de Cerdeña fué conquistada, saqueada é incorporada al imperio vándalo. No hay que decir las crueldades que cometieron con el clero católico y sus iglesias en su propio país, y mucho mas en las tierras donde desembarcaban.

Por fin convinieron los dos imperios, gracias á las activas negociaciones del emperador Leon, en unir sus fuerzas para una expedicion comun y poderosa contra este terrible rey del mar; con la esperanza de aniquilarle junto con todo su reino y acabar así con sus salvajes piraterías. El imperio oriental armó y tripuló mas de mil buques que trasportaron un ejército de cien mil guerreros escogidos. Esta armada costó 1,300 quintales de oro, y jamás volvió aquel imperio á poner en pié de guerra otra armada y otro ejército iguales á los de esta expedicion. Basilisco, cuñado del emperador y jefe de toda la armada, debia desembarcar junto á Cartago y tomar esta capital, mientras otro general, Heraclio, tenia órden de desembarcar cerca de Tripoli y marchar desde allí sobre la misma Cartago. Marcelino, finalmente, debia salir de la Dalmacia con tropas occidentales, y conquistar la Sicilia. El peligro era grande y el ataque combinado pareció salir tal como se habia calculado. Marcelino ocupó la isla de Cerdeña, y Heraclio todas las ciudades de Tripoli y

Nos da algunos datos curiosos sobre la vida y el gobierno de Guntamundo, una poesía, obra de un tal Draconcio, que vivía en la corte del rey. Había caído este poeta en desgracia por haber celebrado en sus versos, en lugar del rey y de su familia, á un extraño (quizás al emperador). Fué este suficiente motivo para arrojarle en un calabozo, confiscarle probablemente lo que tenía y causar amargos sufrimientos á su familia. El pobre para conciliarse la clemencia de su amo escribió en su calabozo aquella poesía, que fué encontrada casualmente en Roma y publicada por Arévalo en 1791 (1). Es una palinodia (*satisfaccio* es el título) en que el infeliz autor alaba la benignidad del rey para con los presos y las victorias alcanzadas contra los moros y en el mar por sus generales «en ausencia del amo,» que solo podían ser victoriosas sobre piratas, pues que Guntamundo no tuvo, según parece, ninguna guerra ni con el imperio oriental, ni con Italia, ni con España.

A su muerte, que ocurrió en 21 de noviembre del año 496, siguióle en el trono, según la ley de sucesión, el miembro de la familia real de más edad, que fué su hermano Trasamundo. Este príncipe, cuya hermosura, instrucción y talento celebran los autores de la época, reinó desde el año 496 hasta 523, y dió nuevo, aunque débil, pasajero brillo al imperio de Genserico, por medio de su estrecha unión con la brillante corte y familia de Teodorico el Grande, rey de los godos en Italia, casándose, después de la muerte de su primera mujer que no le había dejado hijos, con Amalafida, hermana de aquel monarca y también viuda. Esta alianza era la única política con la cual el pueblo vándalo, completamente aislado, podía esperar sostenerse algún tiempo más; pero los sucesores de Trasamundo practicaron lo contrario. El casamiento de su hermana con el rey vándalo entraba de paso perfectamente en las miras del rey godo, que tenía por sistema crearse por este medio alianzas con otros príncipes germánicos. La princesa de la familia de Amal llevó á su esposo un dote de mucho valor para el reino vándalo; la parte de Sicilia que mira hacia el Africa occidental con la importante plaza de Lilibeo, hoy Marsala, que como hemos visto, Guntamundo había cedido á Teodorico; además iba acompañada de mil godos distinguidos que llevaban á su vez una escolta de 5,000 hombres armados, muchos de los cuales debían quedar entre los vándalos. También tuvo luego Teodorico ocasión de apartar del pueblo de su hermana un peligro que le amenazaba de parte de Alarico II, rey de los visigodos, y de ello se alabó con motivo de un enfriamiento de relaciones que al poco tiempo sobrevino entre las cortes de Rávena y Cartago. La causa fué que Trasamundo había admitido en 510 en su corte y dado auxilio á Gelasico, hijo ilegítimo de Alarico y adversario de Teodorico, cuando los generales de Teodorico le habían arrojado de España porque quería apoderarse del trono de su padre en perjuicio de Amalarico, hijo legítimo de éste y de su esposa Teodegunda, hija de Teodorico. Nos informa de esto un escrito de Casiodoro en el cual este autor habla también de las reflexiones muy serias que Teodorico hizo sobre este comportamiento á Trasamundo, el cual se dió prisa en calmar á su poderoso é irritado cuñado con embajadas y ricos regalos. Calmóse en efecto Teodorico y le contestó: «cuando un rey se disculpa ha de cesar toda queja.» Rehusó los regalos diciendo: «No era oro, sino el derecho y la justicia lo que buscaba; pero ahora ha de resonar el mundo con la fama del comportamiento noble de los dos reyes.»

Trasamundo estaba también en correspondencia con Eno-

(1) Arévalo creyó erróneamente que esta poesía se refería á Guntamundo, rey godo de España.

dio, obispo de Pavia, y en muy buena armonía con Anastasio, emperador de Oriente.

Con los moros sin embargo tuvo desgracia, y poco tiempo antes de su muerte sufrieron los vándalos una de las mayores derrotas que habían tenido en sus guerras contra ellos. Los caballos que no se han criado juntos con camellos tienen una aversión extraordinaria á estos animales, cuya vista y olor los espanta. Sobre esto había basado su plan el rey moro Cabaon, en la Tripolitana, colocando sus camellos de modo que los caballos de los vándalos no pudiesen verlos hasta el momento oportuno. Cuando los vándalos con su caballería avanzaron impetuosamente sobre los moros, abriéronse las líneas moras y apareció repentinamente la fila de los camellos; bastó esto para que los caballos de los vándalos se encabritasen, retrocediendo y cayendo unos, desbocándose furiosos y espantados otros, aplastando muchos á sus jinetes y muriendo gran número de los fugitivos alcanzados por las armas moras que los persiguieron con encarnizamiento.

Murió Trasamundo en 26 de mayo de 523, y tocó por fin la corona á aquel Hilderico, hijo de Hunerico y de Eudoxia, por el cual su padre tan cruelmente había perseguido á todos los demás miembros de la familia real. Su reinado solo duró desde el año 526 hasta agosto de 530. Su carácter débil, y la circunstancia de ser hijo de una católica hicieron temer á Trasamundo que sería demasiado condescendiente con los correligionarios de su madre, y para evitarlo hizo que le prometiera en su lecho de muerte que jamás devolvería á los católicos ni sus derechos ni sus iglesias; porque á pesar de ser tan instruido y capaz, Trasamundo no había dejado nunca de perseguir la religión católica. Esta, en efecto, era considerada como un verdadero peligro político para el reino vándalo, como también para el reino godo y arriano de Italia, sin duda por los lazos que unían á los católicos con el imperio de Oriente; pero Hilderico tuvo bastante talento para no emplear los procedimientos brutales de sus predecesores, limitando su acción por lo general á favorecer con honores y ventajas materiales á los católicos que se pasaban al arrianismo, y á despreciar á los que se mantenían fieles á su fé, no haciéndoles caso ó divirtiéndose en proponerles cuestiones teológicas difíciles, y aprovechando la instrucción que había recibido, demostrarles á su modo que solo la religión arriana era capaz de contestar victoriosamente á todas las preguntas y dudas y á explicar todas las contradicciones. Así mandó volver del destierro al conoedor más erudito de la Biblia entre los católicos de la época, Fulgencio, obispo de Ruspe, para tener una controversia religiosa con él y obligarle á que contestara por escrito á un cuestionario que le había preparado. No obstante, algunas veces empleó el rigor, pues volvió á desterrar á Eugenio, obispo de Cartago, persona muy peligrosa. Prohibió elegir nuevos obispos para las vacantes por fallecimiento; y cuando los obispos de Bizacena hicieron en 508 nuevas elecciones en contravención á esta orden, mandó, lleno de ira, á 120 de ellos desterrados á la isla de Cerdeña.

Hilderico prometió todo lo que el rey moribundo le pedía, para faltar inmediatamente á lo prometido con distinguidos teológicos; pues antes de subir al trono llamó ya de su destierro á los obispos expatriados y permitió llenar las vacantes por medio de nuevas elecciones, á fin de que no se hiciera «durante de su reinado.» Bastará este rasgo para que se conozca á este príncipe, cuyo gobierno preparó la destrucción total del imperio vándalo, que ocurrió bajo el reinado de su sucesor. Hilderico fué la causa de este desastre, y nada pueden atenuar esta acusación y responsabilidad las alabanzas que los autores bizantinos hacen de su bondad de

carácter. Estos mismos panegiristas convienen en que su bondad no era mas que debilidad, que era hombre de pocos alcances, y sobre todo que no tenía nada de guerrero ni menos de héroe.

Por primera vez no era ya el rey quien conducía su pueblo al combate; Hilderico abandonó este deber, el más honroso de la dignidad real entre los germanos, á un pariente suyo, Hoamero, varón esforzado, á quien los aduladores poetas romanos de su corte llamaban el «Aquiles vándalo,» epíteto que no le salvó de una gran derrota en la guerra contra los moros. Hilderico, que «ni siquiera podía oír hablar de guerra,» nos demuestra hasta dónde había llegado la afeminación de los vándalos; y si los versificadores de la corte de Cartago, cuyas composiciones insulsas conservadas en una Antología, reflejan á su vez la decadencia de la lengua y poesía latinas, ensalzaban los «hechos colosales» de este extraño nieto de Genserico, los poetas y prosistas á quienes no podía alcanzar su poder daban á su debilidad su nombre verdadero.

La obra peor de este rey tan fatal para el pueblo vándalo, inspirada, no ya por la debilidad, sino por la más ciega demencia, fué el romper con todas las tradiciones de Genserico y de Trasamundo, trocando sus amistosas relaciones con los ostrogodos en encarnizada enemistad. Teodorico el Grande y Trasamundo habían comprendido la ventaja que una estrecha unión entre los tres grupos más afines, y además colindantes de la raza germánica, los vándalos, ostrogodos y visigodos, debía ofrecer á cada uno de ellos, en frente de los francos y del imperio oriental; pero mas que ninguno el pueblo vándalo, atrevidamente colocado en las provincias africanas en frente de los grandes imperios oriental y occidental y separado de todas las demás ramas germánicas, necesitaba de la buena armonía, amistad y apoyo de sus afines, preponderantes ya en España é Italia, con Sicilia como puente de unión. El general bizantino, que como veremos, dió al reino y pueblo vándalo el golpe de gracia, difícilmente habría salido airoso de su empresa, basada en muy modestos recursos, si sus buques se hubiesen encontrado en la travesía con la poderosa escuadra ostrogoda formada al lado de las embarcaciones vándalas; y si al desembarcar hubiese tenido que combatir con los ejércitos de ambos pueblos reunidos. En lugar de esto, fué cabalmente la isla de Sicilia, perteneciente á los godos, la base de las operaciones de Belisario, donde los godos proveyeron sus buques y su caballería de todo lo necesario, y lo que era aun más grave, donde facilitaron al general bizantino todas las noticias posibles sobre la posición de la temible escuadra vándala.

La causa de la ruptura entre vándalos y ostrogodos en tiempo de Hilderico fué Amalafida, la viuda de Trasamundo, que acusada de manejos secretos contra el rey y el país, había huido para buscar entre los moros un asilo contra la persecución de que era objeto. Alcanzada cerca de Capsa, los godos, sus compatriotas fieles, que la acompañaban y la defendieron, fueron puestos fuera de combate; la princesa, llevada prisionera, murió poco tiempo después, probablemente envenenada, en el calabozo, y los demás godos que habían quedado de su escolta cuando llegaron al Africa fueron muertos.

No se comprende el objeto que podría haber movido á la desgraciada princesa á meterse en conspiraciones, ni lo indican las relaciones de aquel tiempo. No cabe en la imaginación suponer que los godos hubiesen tenido el plan de conquistar el Africa; no se menciona en ninguna parte un hijo de Amalafida para servir de pretendiente; y únicamente pudo existir algún plan para deshacerse de Hilderico, cuyas aficiones bizantinas ofendían al partido nacional.

El sucesor de Teodorico, Atalarico, falto de buques de guerra, era demasiado débil para vengar la muerte de Amalafida y de sus compatriotas, pero en la carta que dirigió al rey vándalo puso la venganza en manos de Dios. Hilderico confiaba por su parte en el apoyo de los emperadores de Constantinopla, Justiniano y Justino I. Con el primero había tenido relaciones de amistad antes de ser rey; habíanse carteadado y cambiado regalos con él, aunque ninguna prueba existe de que hubiese vivido ó sido educado en Constantinopla; á lo más podría haber estado allí de paso con motivo de una visita á la corte; pero todo esto era insuficiente para compensar los peligros que habían conjurado contra su persona, en el exterior el rompimiento con los godos, y en su propio país sus amistades bizantinas, su manera solapada de faltar al juramento hecho á su predecesor moribundo, y la visible protección que dispensaba á los católicos; á todo lo cual se agregaba su completa incapacidad para la guerra, que por sí sola bastaba para hacerle odioso á la parte más activa y enérgica de su pueblo. Gelimero, el presunto heredero de la corona, según el derecho de sucesión establecido por Genserico, se puso á la cabeza del partido nacional. Era hijo de Gelarico y nieto de Genzo, de consiguiente biznieto de Genserico, y el historiador de Belisario, su adversario vencedor, Procopio, le llama el héroe más grande del pueblo vándalo, aunque le acusa de perverso, peligroso, codicioso y amigo de innovaciones. Aunque la ambición debió de tener una gran parte en el atrevido paso que dió, no puede negársele el mérito de haber comprendido el grave peligro que amenazaba á su nación del lado del imperio de Oriente y de haberlo combatido á la cabeza de los suyos con una resolución y vigor que, si bien eran antes cualidades nacionales, ya solo se conservaban en la familia de Genserico, porque los únicos héroes que se destacan en la corta lucha que sobrevino son sus hermanos y primos.

La historia escrita por un adversario suyo dice que Gelimero no contentándose con su cualidad de heredero al trono, atribuyóse, ya en vida de su predecesor, los derechos, el poder y los honores de rey. Alentado por la debilidad de Hilderico, reunió alrededor de su persona un partido en el cual figuraban, al decir de sus mismos enemigos, los individuos más nobles del pueblo vándalo. Avisó con mucho fundamento al pueblo que el rey acabaría por entregar el reino al emperador de Oriente, cuyo busto había ya mandado acuñar en lugar del suyo propio en todas las monedas, mientras sus predecesores ostentaban cada uno el suyo con la leyenda: *Dominus noster*, y aun algunos habían añadido el orgulloso calificativo de *Augustus*. Declaró que el objeto secreto de tantas idas y venidas y embajadas entre Cartago y Bizancio era impedir que la corona pasara á la línea menor de la familia de Genserico; y habiendo en este tiempo obtenido una notable victoria sobre los moros, que aumentó su popularidad é importancia en frente de un rey cobarde é indolente, se atrevió á prender á Hilderico, á Hoamero y á Enages, hermano del último, y á hacerse proclamar rey.

Justiniano, que desde abril de 527 había sucedido en el trono de Constantinopla á su tío Justino I, aprovechó ávidamente este pretexto para intervenir en los negocios interiores del reino vándalo. El ambicioso emperador no veía el peligro que desde Oriente, del Asia misma, amenazaba á su imperio, á pesar de que se lo demostraban bastante á las claras los persas, cuyos progresos no eran capaces de atajar todos los esfuerzos de sus dos grandes capitanes Belisario y Narses. Solo veía la gloria de volver á incorporar al imperio oriental, por medio de la conquista, los países del Occidente, el Africa y la Italia, de que se habían apoderado los germanos. A esto se agregaba que Justiniano, como su in-

marchó por tierra sobre Cartago. Entre tanto había salido también Basilisco de Sicilia, como después salió Belisario, y había desembarcado á doscientos ochenta estadios al Este de Cartago, pero después de algunos encuentros fatales para las tropas de Genserico, este le pidió una tregua de cinco días, que los jefes de la expedición neciamente le concedieron, según algunos, mediante la influencia del dinero y la traición de algunos bizantinos arrianos. Este plazo bastó al vándalo, que solo esperaba el viento favorable de poniente para ejecutar su plan de ataque. Sin perder un momento preparó sus brulotes, tripuló sus veloces corsarios, y mientras se levantaba la deseada brisa é impulsaba los brulotes hácia el espeso bosque de las pesadas triremes bizantinas, atacólas Genserico, probablemente de noche, con todos sus buques de guerra. Siguió una catástrofe horrible; la grandiosa y soberbia armada quedó destruida á pesar de la resistencia heroica de algunos capitanes. En vano ofreció Genzo, el hijo del rey, al valiente legado bizantino Johannes salvarle la vida cuando luchaba desesperada y heroicamente en la proa de su buque para contener el abordaje: cuando se vió perdido, subióse á la cofa del palo mayor y desde allí se arrojó con su pesada armadura al mar, contestando á Genzo mientras que se hundía, «que jamás se rendiría á perros.»

Basilisco huyó con los restos de la escuadra á Constantinopla donde le valieron el sagrado asilo que encontró en la basílica de Santa Sofía y la influencia de la emperatriz para librarse del castigo. Heraclio se vió también obligado á reembarcarse; y habiendo sido Marcelino asesinado en la isla de Cerdeña en agosto de 468, recuperaron los vándalos también esta parte de su imperio.

Este gigantesco esfuerzo había costado á los romanos la mitad de su ejército; así es que Genserico pudo mas que nunca satisfacer sus instintos de venganza y de sangre recorriendo y devastando costas é islas de ambos imperios sin temor de encontrar en ninguna parte resistencia. En 470 hizo una alianza con Eurico, rey de los visigodos, y quizás también con los ostrogodos para atacar juntos á Roma y Constantinopla, y en su consecuencia desembarcaron los vándalos en el año 475 en Epiro y ocuparon á Nicópolis.

El emperador Zenon, sucesor de Leon, pidió la paz y la obtuvo gracias á las grandes cualidades personales que distinguían á su embajador, el patricio Severo, y mas al cansancio del ya anciano rey pirata, deseo de descansar y de asegurar á su hijo la sucesión de su imperio legal é internacionalmente reconocido. Así estipulóse entre ambas partes la llamada «paz eterna;» según la cual jamás debían repetirse las hostilidades entre los emperadores de Constantinopla y los reyes vándalos. Con esto logró el viejo astuto y sanguinario pirata un nuevo reconocimiento de la existencia legal del imperio vándalo, que sirvió á sus sucesores contra las pretensiones de otros emperadores que trataron de poner en duda su legalidad. Genserico obligóse en cambio de este reconocimiento á restituir á los católicos de Cartago sus iglesias y á levantar el destierro de todo el clero.

Igual trato hizo en el curso del mismo año con el postrer emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, ó mejor dicho con su padre y primer ministro Orestes. Cuando poco tiempo después el jefe de los mercenarios germánicos, Odoacro, acabó para siempre con el imperio occidental y se hizo dueño de Italia, se apresuró el vándalo á entrar con él en tratos y convino en cederle una gran parte de Sicilia, mediante el pago de un tributo anual y á fuer de indemnización de las piraterías elevadas ya á la categoría de un ingreso formal y legal de su Estado. Genserico se reservó solo una pequeña parte de la isla, probablemente el extremo occidental mas próximo al Africa. Esto fué en 476, y al principio del año

siguiente, en 25 de enero de 477 murió el viejo bárbaro después de haber ceñido la corona medio siglo, y á los 37 años, 3 meses y 6 días de la toma de Cartago, desde cuya fecha dataron su reinado los cronistas de la época.

Inútil es ponderar la impresion que hizo y dejó en sus coetáneos, para los cuales personificaba, á manera de fundador de la raza, todo lo que distinguía y se relacionaba con su pueblo. Solo sus enemigos escribieron su historia, y el historiador del fin de los vándalos ensalza en Belisario como su mayor mérito, el haber vencido al nieto de Genserico, que con el godo Teodorico era «sin disputa el rey mas grande de los bárbaros.» Así dice Procopio. El último rey vándalo excitó á su pueblo á ser valiente á fin de que no se oscureciera la fama guerrera de Genserico. Acúsale algunos de haberse entregado con todo su pueblo á una vida afeminada; pero otros cuentan que despreciaba los regalos de la vida. El mismo tomó disposiciones para poner freno á los excesos de los romanos. Tuvo también algunos momentos en que sabia apreciar los sentimientos magnánimos; por ejemplo, cuando el embajador de Zenon, el ilustre y noble Severo no quiso aceptar los regalos acostumbrados, suplicando le concediera el rey en su lugar la libertad de los paisanos cautivos, soltó Genserico sin exigir rescate á todos los cautivos bizantinos que le pertenecian á él y á los miembros de su familia. En los últimos momentos de su vida recomendó á su hijo y sucesor Hunerico á sus amigos. Este, su hijo mayor, que reinó desde 477 hasta 484 solo heredó de las cualidades de su padre la crueldad. Al poco tiempo de haber subido al trono, riñó con la corte de Constantinopla, con motivo de la herencia de su esposa Eudoxia, que le habia dejado en 472 huyendo de Cartago y de un matrimonio impuesto á la fuerza, y que habia muerto poco tiempo después en Jerusalem, donde pasó el resto de su vida en piadosos ejercicios. Durante esta disputa buques de guerra bizantinos apresaron buques mercantes cartagineses, al contrario de lo que sucedia en vida de Genserico. Cuando el emperador Zenon envió al intendente del palacio de Placidia, hermana de Eudoxia, á Cartago para arreglar el asunto de la herencia, se mostró Hunerico por demás condescendiente, pues renunció á todos sus derechos sobre la herencia de Eudoxia, así como á todas las reclamaciones de su difunto padre, hasta á la indemnización de sus súbditos robados por los piratas bizantinos; asegurando además que hacia todo esto para demostrar los sentimientos amistosos que sentia para con los romanos, y su gratitud por el trato que habia recibido Placidia en la corte imperial; pero allí sabian muy bien con quién se las habian y atribuyeron acertadamente tantas bondades á un sentimiento de la propia debilidad. En efecto, poco á poco se acostumbraron los vándalos á la vida regalada de los habitantes romanos de aquellas provincias, que tenian fama de ser la gente mas dada á todos los placeres materiales, y su fuerza y vigor disminuyeron rápidamente. Procopio, testigo ocular y muy al corriente de las cosas de su tiempo, atribuye á esta vida la ruina tan rápida y total de este pueblo antes tan esforzado.

Apenas habia muerto Genserico, cuando se manifestó esta decadencia del valor guerrero en las ventajas que iban alcanzando los moros, rechazados hácia el desierto desde el principio por los germanos conquistadores, ó sometidos si preferian quedarse. A la sazón empezaban á cambiar los tiempos: ellos atacaban y cada dia aumentaban sus excursiones de pillaje en territorio vándalo, aunque con éxito variable. Al fin hubo de reconocer Hunerico por lo pronto la independencia de los moros mas próximos, establecidos en el monte Aurés (antes Aurasio), á consecuencia de lo cual, el período de 483 hasta 484, fué notable por el recrudeci-

miento de la persecucion de los católicos, á que se entregaron moros y vándalos hechos amigos.

En el reinado de Hunerico, empezaron las sangrientas guerras fratricidas en la familia real de los asdingos, que después sirvieron de pretexto á Justiniano para intervenir en Africa. Genserico habia conocido muy bien que la falta de una ley de sucesión era la principal causa de las innumerables guerras entre los miembros de todas las familias reales germánicas, y habiendo visto los buenos resultados que daba la costumbre de los moros de dar al individuo de mayor edad de la familia real la jefatura del pueblo, aceptó el mismo principio de sucesión en su familia. Pero fué en vano; las escenas sangrientas que pensaba evitar, se presentaron bajo otro aspecto. Hunerico queria dejar la corona al hijo que habia tenido de su esposa Eudoxia, Hilderico, y como éste no era el varon de mas edad entre los descendientes del fundador del reino, Hunerico quitó de en medio á los miembros que le estorbaban, es decir, á su hermano Teodorico, y á los descendientes de su otro hermano difunto Genzo. La esposa de Teodorico, mujer enérgica, y por tanto peligrosa, fué sentenciada á muerte bajo un falso pretexto, lo mismo que su hijo mayor, jóven de mucha instruccion; Teodorico y el hijo mayor de Genzo, Godegiso, fueron desterrados; otro hijo pequeño y dos hijas de Teodorico, fueron incapacitados para la sucesión por medio de un acto infamante, que consistia en pasearlos por las calles de la capital montados en borricos. Los amigos antiguos de Genserico, cooperadores en la obra de construcción del imperio vándalo, y naturalmente fieles partidarios de los miembros perseguidos de la familia real, fueron perseguidos á su vez con el mayor encarnizamiento, entre otros el patriarca Yocundo, jefe y cabeza de la Iglesia arriana en Africa, que fué quemado públicamente en Cartago. Lo mismo hizo el rey con la esposa del primer dignatario civil en el reinado de Genserico, Heldico, que á su vez fué decapitado, y su hermano Camut que se refugió en una iglesia, fué, en atención al fuero sagrado de este asilo, reducido á la esclavitud.

A los católicos de Cartago se habia restituido por un momento el derecho de elegirse su obispo, y la acción gubernativa se habia suavizado un tanto para ellos y todos los romanos; pero siendo los mismos vándalos y arrianos tratados tan despótica y cruelmente como hemos visto, podrá suponerse cómo debian pasarlos los otros. Primero satisfizo el tirano su insaciable codicia con los bienes de católicos ricos, imponiéndoles gabelas y contribuciones imposibles, acusándoles de crímenes imaginarios y confiscando sus propiedades. Luego empezó la verdadera persecución religiosa para ellos y los maniqueos; unos y otros fueron declarados incapaces de ejercer ningun cargo en la corte ó en la administración; los que rehusaron pasarse al arrianismo fueron desterrados á la Sicilia ó Cerdeña y sus bienes confiscados; lo mismo se hizo con los de los obispos desterrados ó muertos, y en el año 483 fueron desterrados de una vez nada menos que cerca de 4,000 entre obispos, presbíteros é individuos laicos al país de los moros del desierto. El temor de represalias respecto de los arrianos de Bizancio hizo suspender luego las confiscaciones de los bienes del clero, y lo mismo la contribución de 500 sueldos de oro por cada elección de obispo; mas parece que al fin queria el rey poner á todo el episcopado católico en la alternativa de pasarse al arrianismo ó de ser para siempre exterminado, pues no otro objeto podia tener la controversia religiosa que ideó provocar en Cartago, por supuesto bajo su presión de despota, entre el episcopado arriano y el católico. El resultado fueron nuevas persecuciones y opresiones tiránicas para los católicos. El rey exigió á los obispos católicos que reconociesen

con solemne juramento como sucesor en el trono á su hijo Hilderico, y que no tuviesen ninguna correspondencia con países al otro lado del mar (ultramarinos), es decir, con Roma y Constantinopla. Algunos obispos, dice uno de ellos, Víctor de Vita, mas sagaces que los otros, rehusaron prestar juramento, diciendo que Cristo habia prohibido jurar (bien que juraban en otras ocasiones), los demás juraron. Pues bien, los primeros fueron desterrados á Córcega, donde fueron empleados como esclavos en la corta de árboles para la escuadra, y los segundos hubieron de prestar otros servicios de colonos esclavos en las posesiones reales en la proximidad de sus respectivas residencias episcopales, porque «habian faltado á la prescripción de Jesus de no jurar.» Los católicos legos, sobre todo los de la provincia proconsular, y en general donde la población vándala era mas densa, fueron también expoliados y entregados á la esclavitud; muy pocos fueron muertos, porque quiso el rey darles ocasion de ser mártires; así es que de los 466 obispos del reino, uno, Leto de Lepsis, alcanzó esta gloria muriendo quemado en 24 de setiembre. El emperador Zenon, cediendo á las instancias del papa Felix, mandó embajadas al bárbaro para suplicarle que cesara en sus persecuciones; pero todo fué en vano. En presencia de Regino, uno de estos embajadores, fué pregonado públicamente en Cartago, el dia de la Ascension, 19 de mayo de 483, el edicto del rey que fijaba la mencionada controversia religiosa para el 1 de febrero de 484; y á la llegada de otro embajador, Uranio, mandó el rey aplicar varios tormentos á los infelices católicos expresamente en las mismas calles por donde el embajador habia de pasar para trasladarse al palacio real. Se ve pues que el fanatismo cruel y la ciega y brutal codicia que dominaban al rey, á su clero y á su pueblo, no se dejaban ya intimidar por la enemistad de la corte de Bizancio, y que, como entre los francos en el último período de los merovingios, el maridaje de los vicios y excesos engendrados por la civilización romana con la brutalidad propia de los bárbaros habia producido solo una lascivia desenfrenada y una sed insaciable de sangre.

Hunerico sucumbió en 11 de diciembre de 484 de resultas de una enfermedad que los autores eclesiásticos, porque Procopio no la menciona, comparan con la que mató á Antioco Epifanes y al gran herejearca Arrio, enfermedad que miraron como un castigo de Dios por las persecuciones que hizo sufrir á los católicos.

Siguióle en el trono, conforme al testamento de Genserico, su sobrino Guntamundo, hijo del difunto Genzo, que gobernó de 484 hasta 496. Al revés de su predecesor, concedió este rey mayor libertad á los católicos; alzó el destierro de Eugenio, obispo de Cartago; devolvió en 487 á los católicos de la capital una de las primeras iglesias; después por el decreto del 10 de agosto de 494 permitió á todos los obispos desterrados volver á sus hogares y hasta restituyó á los católicos todas las iglesias del reino que Hunerico les habia quitado.

Con los moros no fué feliz. Al cabo de varias campañas, batallas y alternativas, no solo se habian vuelto á establecer estos primitivos dueños del país en toda la parte meridional del reino vándalo, manteniéndose independientes de éste, sino que penetraban ya muy adentro en muchas provincias habitadas por germanos, y aunque arrojados repetidas veces, volvian á establecerse de nuevo principalmente en la de Bizacena. En esta situación buscó Guntamundo un arriño en el poderoso imperio ostrogodo establecido en Italia, renunciando al tributo estipulado con el gran Teodorico en 491, y que Odoacro habia pagado bien ó mal; y absteniéndose también de todo acto de piratería en la isla de Sicilia objeto del tributo.